

JOAQUÍN DICENTA

LA PROMESA

(Obra póstuma.)

Leyenda lírico-dramática,
en cinco jornadas,
inspirada en un cuento de Gustavo A. Bécquer.

Con el último autógrafo del autor.



MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1917

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE LSA"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

ES PROPIEDAD

ANTELIBRO

MADRID.—Imp. de los Suc. de Hernando, Quintana, 33.

¡Y MURIÓ DICENTA!

En una hermosa mañana templada, acariciante, la primera hermosa después de tantas invernales y tristes, una de esas mañanas que hacen amar la vida por la vida misma, en que la brisa y el sol, reconfortantes, saturan el organismo como inoculándole fuerzas nuevas, llega a Madrid la terrible noticia: «Joaquín Dicenta ha muerto en Alicante.» A Alicante había ido el gran escritor huyendo del desapacible invierno madrileño y en busca de más amables temperaturas. Y allí, frente al mar latino, en el mismo sitio donde hace treinta y cinco años escribiera sus primeras cuartillas el glorioso autor de *Juan José* — esa obra fuerte y

bella que es honra, no sólo de la escena española, sino de toda la contemporánea—, acaba de finalizar su vida, con la pluma en la mano, tal un soldado del ideal que no abandonó sus armas sino cuando el último aliento de vida se escapó de su ser.

*
* *

Joaquín Dicenta se impuso al público español desde su juventud, tan borrascosa y bravía, tan llena de fuego, tan contagiosa de entusiasmo y amor por los parias dolientes, por los irredentos eternos de estas organizaciones sociales tan lentas en su marcha ascensional, en su educación verdadera. *Juan José*, el popularísimo drama, traducido ya a casi todos los idiomas modernos, lo consagró. Desde entonces, y van corridos años de la fecha del estreno, no cesó Dicenta en su obra cultural, ocupando todos los escenarios: el teatro, el periodismo, la novela, el libro de crónica.

Todavía enfermo, muy enfermo, y con sus cincuenta y tantos años a cuestas, dió ejem-

plos de energía estupenda produciendo artículos periodísticos que, como el publicado en *El Liberal*, de Madrid, con el título de «Dos juventudes» (1), constituye un reto formidable a la generación actual, considerada dormida por el luchador, un acicate, un latigazo de luz que se diría dado por un espíritu excepcional, alentando en el más sano y fuerte de los organismos.

*
* *

Cuando llegué a Madrid desde mi lejano Buenos Aires—hace de esto cuatro meses apenas—, tuve oportunidad de visitar a Dicenta, sosteniendo con él una conversación que, por el interés especial de que fuere vestida, merece recordarse.

Dicenta me habló de su enfermedad para lamentarse de no poder acompañarme con el fin de hacerme conocer el ambiente popular donde él era tan querido y por el cual sentía tanta predilección.

(1) Artículo penúltimo que escribí.

— Iríamos—nos dijo — adonde nadie le llevará, ahí, donde todos los escritores debieran penetrar y donde es necesario que usted haga oír su palabra, si quiere realizar obra eficaz.

Y se extendió, inflamado de entusiasmo, en consideraciones dignas, como suyas, de ser reproducidas y atendidas.

— Ni Ateneos ni fórmulas diplomáticas harán nada por la unión verdadera de los países de América con España—dijo—. En tanto no se llame al corazón del pueblo con voz sincera y convincente, todo será inútil. La unión, esa fusión espiritual que tanto deseamos, no habrá de conseguirse mientras no existan hombres de pensamiento y voluntad que se dirijan a la masa trabajadora, o sea al pueblo productor y consciente, ese que forja la vida en el taller, se satura de ciencia en las bibliotecas y se arroja a combatir en la calle. Ese que vive y sufre, llevando siempre un rayo de redención en los ojos.

E iluminado, terminó:

— Es necesario que los pueblos de América y España se tiendan los brazos a través del

mar, franca y decididamente. Pero esta obra se encuentra fuera del alcance de los convencionalismos oficiales y de las fórmulas banales propuestas hasta hoy.

— Y entonces — interrogué —, ¿cuál sería el camino?

— ¿Cuál? No engañar nunca a los pueblos. No afirmarles bienestares falsos e irrealizables, pintándoles horizontes deslumbrantes que no existen. Decirles de una vez que América es América y no Jauja; presentarla con sus colores propios, con sus virtudes y defectos, deshaciendo, con la decisión de los varones íntegros, el presente espejismo enceguedor y mortal. Y entonces, sólo entonces, evitaríamos el hecho indignante del engaño fomentado por agentes interesados y diplomáticos interesados también en proclamar las excelencias de países, hoy en situación económica difícil para el productor, como lo prueban acabadamente las profusas noticias particulares llegadas periódicamente, en contradicción manifiesta con las propagandas oficiales. Trabajemos todos, pero con sinceridad, tratando de cambiar viejos y

malos sistemas, tan malos y tan viejos aquí como allá, y entonces, sólo entonces, podremos decir que, en realidad, trabajamos todos por el porvenir de la raza. El intercambio de ideas y de productos hará lo demás. ¿A qué esforzarnos por estimular una emigración a países que no están aún en condiciones de recibirla en tan gran cantidad como la piden? ¿Qué bien obtendremos con este proceder? ¿A quién favoreceremos? Al capital sin ley y sin patria, seco y sin sentimientos en todas las latitudes. Y, a la larga, perderán en prestigio los dos países: el que a fuerza de subterfugios arrancó el brazo de la tierra en que naciera, y el que lo dejó ir sin la seguridad del amparo.

Y como el poeta Villaespesa, mi acompañante, asintiera con un «¡Bravo, Joaquín!», tan espontáneo como entusiasta, yo guardé el más elocuente de los silencios, admirando desde las reconditeces del espíritu el gesto augusto del gran escritor, al pensar sólo en el bien de sus semejantes, cuando tantos lo consideraban ya al borde de la tumba.

*
* *

Pocos escritores como éste tan valientes, tan enteros, tan línea recta, tan firmes en sus convicciones revolucionarias. Ejemplo admirable de sinceridad, de honradez, de integridad de carácter, este dignificador de la especie, después de entregar toda una vida a la propaganda de sus ideales democráticos — más grande en el instante supremo que Voltaire en el pasado y que Mirbeau en el presente —, muere pronunciando esta frase que puede considerarse como el coronamiento deslumbrante y la síntesis majestuosa de su obra de combatiente: «Conste que ha llegado mi fin, y que muero fuera de toda confesión religiosa, manteniendo mis ideales y mirando cara a cara a la muerte.»

Así, airosa, serena, gallarda, altivamente, con un gesto certificador de su carácter de irreductible, acaba de entrar en la región del misterio quien luchó durante toda su existencia por el advenimiento de una Humanidad organizada en forma más fraternal, más noble, más en armonía con las leyes naturales regidoras de los seres y las cosas.

Piénsese como se piense, forzoso es respe-

tar y admirar esa frase consecvente y bravía, arrojada, con voz serena y ánimo esforzado, en los umbrales mismos de la sombra.

*
* *

Muere Dicenta en un momento difícil para la literatura teatral española. Invadidos los escenarios de Madrid por géneros híbridos o extraños — traducciones, adaptaciones y arreglos de obras francesas o inglesas, cuando no por la franca astracanada, cuyo reino parece eternizarse en algunas salas de donde — ¡oh, ilusión! — se creyó proscripta sin remedio —, presentan el más lamentable espectáculo ante los ojos del extranjero que los frecuenta esperanzado de encontrar el ambiente y la psicología del pueblo, llevados a ellos por los escritores del día, con el arte consumado con que lo hicieran los grandes antecesores de que España puede enorgullecerse.

El autor de *Juan José*, de *El señor feudal* y de *Daniel* deja planeadas dos obras que pensaba terminar en el transcurso de este año. La

muerte lo ha sorprendido, pues, con las manos en la masa, como a casi todos los fecundos productores del pensamiento, y preocupado de la reconstrucción del teatro español contemporáneo, obra a la que él había contribuido tanto y que él veía desmoronarse.

Durante su vida, no muy dilatada desgraciadamente, Dicenta ha escrito mucho, ha trabajado mucho. Su obra periodística es extensa y valiosísima. Cronista de *El Liberal* durante veinticinco años, ahí quedan, en la colección del gran diario, sus páginas vibrantes, llenas de ideas generosas, de rebeliones augustas, de nobilísimos conceptos. Muchas de ellas han sido ya recogidas en hermosos y difundidísimos libros, pero existe una cantidad apreciable de obra desperdigada que sus herederos compilarán sin duda alguna. Precisamente estaba Dicenta en vísperas de firmar un contrato con un editor de Madrid para la publicación de sus obras completas. Y era éste el primer *negocio* editorial realizado en su vida con la seguridad de una retribución algo equitativa y aliviadora. Y esto, a pesar de ser Dicenta, después de

Galdós, el escritor más popular de España. ¡Ironía cruel! Muere Dicenta en la más desoladora pobreza. Digna, pero desoladora. Ha vivido al día durante sus largos años de productor. Y en el momento de la cosecha tranquila, tan merecida, tan justa, cuando iba a gustar con alguna calma el fruto de tanta semilla arrojada al surco, sembrada con mano pródiga, un bandazo de la suerte lo sepulta en el mar inmenso.

*
* *

«Toques de agonía», su última crónica, en la que pintó la situación desesperante creada a las poblaciones marítimas de España por la guerra que hoy deprime a Europa, ha sido publicada en *El Liberal*, de Madrid, seis días antes del en que se apagó su vida.

Moribundo, sintiendo llegar la muerte a pasos rápidos, consciente de su destino, aun tuvo su cerebro la serenidad y la clarividencia necesarias para rubricar, con un postrer relámpago de rebelión, toda una vida de lucha y de

apostolado, dedicada a la propagación de ideas bellas, altas, redentoras. Los «Toques de agonía» que su pluma, siempre generosa y magnánima, traducían, eran los de su pueblo, el pueblo de sus amores, víctima de la más injusta, cruel, devastadora, criminal y monstruosa de las guerras, porque, más que ninguna otra, ella se basa en móviles mezquinos, más que mezquinos, sórdidos, encaminados a fines industriales y comerciales, exentos de toda pureza e idealidad; guerra de ambiciones subalternas en que los pueblos, guiados sólo por un espíritu de lucro, sin odio y sin nobleza, se arrojan a la destrucción y a la muerte, olvidando su pasado y anulando, en un momento de ofuscación o de locura, toda la obra y el camino magnífico recorrido por la luz libertadora.

Y la postrer cuartilla, su despedida definitiva, la que su pluma, que no tembló nunca, trazó horas antes de doblar para siempre su cabeza de águila pensadora, está aquí en mis manos, palpitando de generosidad, en señal de aplauso al compañero lejano, para quien

la escribe, reuniendo, quizás, en un esfuerzo supremo y magnífico, todas las energías que le restan.

Dice así:

Es la personalidad dramática
materna en el papel que me da
la más rica del teatro
contemporáneo.

de un ser sin reservas
de gran fuerza de herencia
trágica y aguda con acento
de tragedia. de herencia que torna

Joaquín Dicenta

«Jesús que torna», Jesús que se va...

ALBERTO GHIRALDO.

Madrid, marzo de 1917.

LA PROMESA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Avdo. 1623 MONTERREY, MEXICO